



Navarra, puesto á su hermano D. Enrique en el gobierno del reino, con deseo de mostrar su valor y ayudar en tan santa empresa, acompañó al rey su suegro. Padecieron tormenta en el mar y recios temporales; finalmente, desembarcaron en Túnez; asentaron sus ingenios, con que comenzaron á combatir aquella ciudad. Los bárbaros que se atrevieron á pelear, por dos veces quedaron vencidos; despues desto, como se estuviesen dentro de los muros, llegó el cerco á seis meses. Los calores son extremos, la comodidad de los soldados poca; encendióse una peste en los reales, de que murieron muchos, entre los demas, primero Juan, hijo de San Luis, y poco despues, el mismo rey, de cámaras que le dieron, falleció á veinticinco de Agosto. Esta grande cuita y afan se acrecentára, y hobieran los demas de partir de África y dejar la demanda con gran mengua y daño (en tanta manera tenían enflaquecidas las fuerzas), si no sobreviniera Carlos, rey de Sicilia, que dió ánimo á los caidos. Hizose concierto con los bárbaros que cada un año pagasen de tributo al mismo rey Carlos cuarenta mil du-

cados, que era el que él debía por Sicilia y Nápoles á la iglesia romana y al papa; con esto, embarcadas las gentes, pasaron á Sicilia. No aflojaron los malés; en la ciudad de Trapania, que es en lo postrero de aquella isla, Theobaldo, rey de Navarra, falleció á cinco días de Diciembre. Esta fué la ocasion que forzó á dejar la empresa de la Tierra Santa, que tantas veces infelizmente se acometiera, y de dar la vuelta á sus tierras y naturales. Las entrañas de San Luis sepultaron en la ciudad de Monreal en Sicilia; el cuerpo llevaron á San Dionisio, sepultura de aquellos reyes, cerca de París. El cuerpo del rey Theobaldo embalsamado llevaron á Pervino, ciudad de Campaña en Francia, y pusieron en los sepulcros de sus antepasados. Su mujer la reina doña Isabel, el año luégo siguiente, á veinticinco de Abril, falleció en Hiera, pueblo de la Proenza; enterráronla en el monasterio llamado Barra. Á todos se les hicieron las honras y exequias como á reyes, con grande aparato, como se acostumbra entre los cristianos. Volvamos la pluma y el cuento á Castilla.

### CAPÍTULO XI

**De la conjuración que hicieron los grandes contra el rey D. Alonso de Castilla.—El rey de Portugal pide al de Castilla que le exima del homenaje que le habia ofrecido.—Se le concede esta gracia en una junta: los Laras y el infante D Felipe se sirven de este pretexto para causar alteraciones en el reino.—D. Alonso procura sosegarlos.—El rey de Aragon le da muy buenos consejos para este fin.—El rey de Granada excitado por los rebeldes entra en tierra de cristianos, llevándolo todo á sangre y fuego.—El rey D. Jaime intenta apartar de su propósito á D. Alonso, y no lo puede conseguir.—Discurso de D. Alonso al pontifice y á los cardenales.—Respuesta del papa.—No queriendo el papa condescender con otras pretensiones justas de D. Alonso, se vuelve á Castilla bufando de coraje.—No deja de llamarse emperador y llevar las insignias imperiales hasta que el papa lo prohíbe con censuras.**

El ánimo del rey D. Alonso se hallaba en un mismo tiempo suspenso y aquejado de diversos cuidados. El deseo de tomar la posesion del imperio de Alemania le punzaba á que las cartas de muchos con extraordinaria instancia le llamaban. Los grandes y ricos-hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del rey, á que no estaban acostumbrados. Rugiase demas desto por nuevas que venian, que de África se aparejaba una nueva guerra con mayores apercebimientos y gentes que en ninguno de los tiempos pasados. Dado que Pedro Martinez, almirante del mar el año pasado, acometió y sujetó los moros de Cádiz que halló descuidados, era dificultoso mantener con guarnicion y soldados aquella ciudad é isla; por esta causa la dejarón al rey de Marruecos, de cuyo señorío antes era, resolución á propósito de ganar la voluntad de aquel bárbaro y sosegarle. El rey D. Alonso de Portugal envió á D. Dionisio, su hijo, que era de ocho años, á su abuelo el rey de Castilla para que alcanzase del libertad y exención para el reino de Portugal, y que le alzase la palabra que dió los años pasados y los homenajes. Tratose deste negocio en una junta de grandes; callaban los demas, y aun

venian en lo que se pedia por no contrastar con la voluntad del rey que á ello se mostraba inclinado.

D. Nuño González de Lara, cabeza de la conjuración y de los desabridos y mal contentos, se atrevió á hacer rostro y contradicción. Decia que no parecía cosa razonable disminuir la majestad del reino con cualquier color, y mucho ménos en gracia de un infante. Sin embargo, prevaleció en la junta el parecer del rey, que Portugal fuese exento; y con todo esto, la libertad de D. Nuño se le asentó más altamente en el corazon y memoria que ninguno pensara. Juntado este desabrimiento con los demas, fué causa de que D. Nuño y D. Lope de Haro, y D. Philippe, hermano del rey, se determinasen á mover prácticas perjudiciales al reino y al rey. Quejábanse de sus desafueros y de los muchos desaguizados que hacia: no tenían fuerzas bastantes para entrar en la liza, resolvieronse de acudir á las ayudas de fuera y extrañas. Así en el tiempo que el rey Theobaldo se ocupaba en la guerra sagrada, solicitó á D. Enrique, gobernador de Navarra, el infante D. Philippe que se fuese á ver con él, y hermanarse y hacer liga con aquellos grandes. Él, como más recatado, por no despertar contra sí el peso de una



gravísima guerra, dió por excusa la ausencia del rey su hermano. Los grandes, perdida esta esperanza, convidaron á los otros reyes, al de Portugal, al de Granada, y al mismo emperador de Marruecos por sus cartas, á juntarse con ellos y hacer guerra á Castilla, sin mirar, por el gran deseo que tenían de satisfacerse, cuán perjudicial intento era aquél y cuán infames aquellas tramas.

D. Alonso, rey de Castilla, era persona de alto ingenio, pero poco recatado; sus orejas soberbias, su lengua desenfadada, más á propósito para las letras, que para el gobierno de los vasallos: contemplaba al cielo y miraba las estrellas; mas en el entretanto perdió la tierra y el reino. Avisado, pues, de lo que pasaba por Hernan Perez, que los conjurados pretendieron tirar á su partido y atraer á su parcialidad, atónito por la grandeza del peligro, que en fin no dejaba de conocer, volvió todos sus pensamientos á sosegar aquellos movimientos y alteraciones. Con este intento desde Murcia, do á la sazón estaba, envió á Enrique de Arana por su embajador á los grandes, que se juntaron en Palencia con intento de aperebirse para la guerra, por ver si en alguna manera pudiese con destreza é industria apartarlos de aquel propósito. Él y la reina su mujer fueron á Valencia para tratar con el rey D. Jaime, y tomar acuerdo sobre todas estas cosas. Él, como quier que por la larga experiencia fuese muy astuto y avisado, cuando vino á Búrgos para hallarse á las bodas del infante D. Fernando, antevista la tempestad que amenazaba á Castilla á causa de estar los grandes desabridos, reprendió á D. Alonso con gravísimas palabras y le dió consejos muy saludables. Estos eran: que quisiese ántes ser amado de sus vasallos que temido: la salud de la república consiste en el amor y benevolencia de los ciudadanos con su cabeza: el aborrecimiento acarrea la total ruina: que procurase granjear todos los estados del reino: si esto no fuese posible, por lo ménos abrazase los prelados y el pueblo, con cuyo arrimo hiciese rostro á la insolencia de los nobles: que no hiciese justicia de ninguno secretamente por ser muestra de miedo y menoscabo de la majestad: el que sin oír las partes

da sentencia, puesto que ella sea justa, todavía hace agravio. Éstas eran las faltas principales que en D. Alonso se notaban; y si con tiempo se remediáran, el reino y él mismo se libráran de grandes afanes.

En la junta de los reyes y con las vistas ninguna cosa de momento se efectuó. Al rey D. Alonso fué por tanto forzoso el año siguiente volver de nuevo á Alicante para verse con el rey su suegro, y rogalle enfrenase los nobles de Aragon para que no se juntasen con los rebeldes de Castilla como lo pretendian hacer; y porque el rey de Granada continuaba en hacer guerra contra los de Guadix y los de Málaga, le diese consejo á cuál de las partes sería más conveniente acudir. En este punto el rey don Jaime fué de parecer que guardase la confederacion antigua; que no debía de su voluntad irritar á los de Granada ni hacelles guerra. La embajada de Arana no fué de provecho alguno, ántes el rey de Granada á persuasion de los alborotados, quebrantada la avenencia que tenían puesta, fué el primero que se metió por tierras de cristianos talando y destruyendo, y metiendo á fuego y á sangre los campos comarcanos. Tenía consigo un número de caballos africanos que Jacob Abenjuzeph, rey de Marruecos, le envió delante. Sabidas estas cosas, el rey D. Alonso mandó por sus cartas á D. Fernando su hijo, que á la sazón se hallaba en Sevilla, y se aperecía para la nueva guerra, que con todas sus gentes marchase contra el rey de Granada: él se partió para Búrgos por ver si en alguna manera pudiese apaciguar los ánimos de los rebeldes.

En aquella ciudad se hicieron córtes de todo el reino, y en particular fueron llamados los alborotados con seguridad pública que les ofrecieron; y para que estuviesen más sin peligro, se señaló fuera de la ciudad el hospital real en que se tuviesen las juntas. Habláronse el rey y los señores en diferentes lugares, con que quedaron las voluntades más desabridas. Llegaron los disgustos á término que renunciada la fidelidad con que estaban obligados al rey, en gran número se pasaron á Granada el año de mil doscientos setenta y dos. D. Nuño, D. Lope de Haro, el infante D. Philipe eran las tres cabe-



zas de la conjuracion. Fuera destos D. Fernando de Castro, Lope de Mendoza, Gil de Roa, Rodrigo de Saldaña: de la nobleza menor tan gran número que apenas se pueden contar. Al partirse con sus gentes quemaron pueblos, talaron los campos, y dieron en todo muestra de la enemiga que llevaban. El rey á grandes jornadas pasó á Toledo, de allí á Almagro; y porque no tenía esperanza de que se podrian reducir los grandes á su servicio, pretendia avenirse y sosegar al rey de Granada. Esto sobre todo deseaba: si no salia con ello, se resolvía de hacelle la guerra con todas sus fuerzas y con la más gente que pudiese juntar.

En el tiempo que estas cosas pasaban en Castilla, Felipe, rey de Francia, que sucedió á su padre San Luis, allegaba á su corona nuevos estados por muerte de Alonso su tío y de Juana su mujer, que murieron á la sazón sin hijos, y eran condes de Potiers y de Tolosa; y no mucho despues Rogerio Bernardo, conde de Fox, fué despojado de su estado no por otra causa más, de que en cierta ocasion no quiso obedecer á los jueces reales; por lo cual las armas aragonesas á causa que parte del estado de aquel príncipe era feudo de Aragon, estuvieron para revolverse contra Francia. La prudencia del rey D. Jaime atajó el daño; á su persuasion, el de Fox puso su persona y todo su estado en manos del rey de Francia, con que se sosegaron aquellos debates. Dentro del reino de Aragon tenían sospechas de nuevas alteraciones á causa que el infante D. Pedro, hijo primero y heredero del rey de Aragon, estaba desabrido con Fernan Sanchez su hermano bastardo, por entender entre otras cosas que cuando volvió de la Tierra Santa, fué recibido con gran honra y festejado de Carlos, rey de Nápoles, y por esto sospechaba habia con él tratado cosas perjudiciales al reino.

Hallábase el dicho D. Fernando en Burriana: allí D. Pedro con buen número de soldados le tomó de sobresalto; y despues que por fuerza entró en la casa y buscó en todos los lugares á su hermano, escudriñó los escondrijos, quebró cerraduras, hinchólo todo de ruido y de alboroto: en el entretanto, D. Fernando y doña Aldonza, su mujer, se pusieron en salvo.

Estos fueron principios de grandes alteraciones, ca los nobles del reino con esta ocasion de la enemistad de los dos hermanos se dividieron en dos bandos con tan grande obstinacion, que juntadas las fuerzas no dudaron las que seguian la parcialidad de D. Fernando, de mover guerra contra el mismo rey; de que no resultó otro provecho sino que el vizconde de Cardona y otros señores parciales fueron por esta causa despojados de sus estados. El mismo Fernan Sanchez, cercado en el castillo de Pomar por su hermano, luégo que le tuvo en su poder, le hizo ahogar con un lazo y despeñar en el rio Cinga, que por allí pasa, unos decian con razon, otros que injustamente: lo cierto que quitado el capitan y cabeza, los demas se sosegaron: este fué el fruto de aquel parricidio; pero la muerte de Fernan Sanchez sucedió tres años adelante. Dejó un hijo de pequeña edad, llamado D. Felipe, de quien descende el linaje de los Castros en Aragon.

Á Rugerio de Lauria hizo donacion el rey don Jaime en tierra de Valencia de dos heredades, que se llaman Raelo y Abricat, en premio de su trabajo, porque de lo último de Italia acompañó los años pasados á doña Constanza, su nuera. Fué este caballero en lo de adelante persona de gran ingenio y excelente capitan, mayormente por el mar. Con D. Enrique, rey de Navarra, que por morir su hermano el rey Teobaldo sin hijos, sucedió en aquel reino, y con quien los aragoneses tenían diferencia por pretender que les quitáran aquel reino injustamente, como en su lugar queda dicho, todavía se concertaron treguas por muchos años. El rey D. Jaime veia los suyos alborotados, más inclinados á las armas que á la paz y á la concordia; y por las diferencias que andaban, temia que la una de las partes, juntados con los navarros, no le diese en que entender. Esta fué la causa de tomar asiento con Navarra; y áun otro cuidado le aquejaba más, de volver las fuerzas contra los moros, de donde una cruel tempestad se aparejaba para España, si no se acudia al remedio con tiempo, como los hombres prudentes lo sospechaban, y comunmente se decia no sin causa.

Ardia el rey D. Alonso en deseo de ir á Ale-



maña á tomar la corona é insignias del imperio, tanto más y con mayor priesa que por autoridad del papa Gregorio X los señores de Alemania, cansados de los males que en aquella vacante se padecieron, muchos, muy graves y muy largos, y porque de años atras era muerto Ricardo, el otro competidor, se aparejaban para hacer nueva eleccion, sin tener cuenta con el rey D. Alonso. Alterado él con esta nueva, como era razon, pretendia recompensar la tardanza pasada con abreviar, y por esto, aunque muy fuera de sazón, comenzó á tratar muy de véras de su ida á Alemania. Á las personas prudentes parecia se debia anteponer á esto el sosiego y el cuidado de la república. Los hombres más livianos y de poca experiencia, hinchados de vana esperanza, le exhortaban á la jornada, sin faltar quien blasonase y dijese era bien aparejar armas, caballos y las demas cosas necesarias para hacer la guerra en Alemania y para sujetar á los que contrastasen á sus intentos. Algunos tomaban por mal agüero que tantas veces se le hobiese al rey D. Alonso desbaratado aquel viaje que tanto deseaba. Era este rey de su natural irresoluto y tardo, las cosas del reino embarazadas, y si hallára algun buen color, de buena gana desistiera de aquella pretension; pero por miedo de la infamia y mengua de reputacion se resolvió pasar adelante. Con este intento procuró con cualquier partido apaciguar los de Granada y los grandes.

En esto el rey de Granada, Alhamar, falleció al principio del año mil doscientos setenta y tres. Fué hombre atrevido, astuto y muy contrario á nuestras cosas. Hobo diferencia sobre la sucesion: prevaleció aquella parcialidad, con la cual se juntaron los foragidos y grandes de Castilla, y diéronse las insignias reales á Mahomad, por sobrenombre Miralmutio Leminio, hijo mayor del difunto. Este principe, puesto que era de suyo contrario á nuestras cosas, y muchos le movian á hacer guerra, porque las fuerzas de su nuevo reino andaban en balanza, el rey D. Alonso entendia que se inclinaba á la paz, y que fácilmente se podria efectuar. Demas desto, algunos de los grandes se reducian á mejor partido y más sanos propósitos; en particular D. Fernando de Castro y Rodrigo

de Saldaña, sobre seguro vinieron á verse con él á Ávila, do se hacian córtés del reino, por el mismo tiempo que en Alemania procedieron á nueva eleccion apresuradamente, en que Rodolfo, conde de Augsburg, por voto de todos los electores, fué nombrado por rey de romanos; señor, bien que de poca renta y Estado pequeño, pero que descendia del nobilísimo linaje de los antiguos reyes franceses y era en todas virtudes acabado. Los embajadores del rey don Alonso, que se hallaron á la sazón en Francfortia, aunque hicieron contradiccion y sus protestaciones, no fué de efecto alguno; la aficion de ántes la tenian ya trocada en desabrimiento y odio que todos le cobraran.

Despedidas las córtés de Ávila, se fué el rey á Requena para tomar acuerdo con el rey su suegro en su presencia sobre la guerra de los moros. Allí, por el trabajo del camino, ó por el desabrimiento y disgusto con que andaba, adoleció de una enfermedad no ligera. Y porque las demas cosas no sucedian á propósito, y la misma priesa por el gran deseo le parecia tardanza, juzgó seria lo mejor intentar de hacer las paces por industria de la reina y por la autoridad del primado D. Sancho. Ellos, para tratar desto sin dilacion, se partieron para Córdoba. Al pontífice Gregorio X despachó á Aimauro, fraile dominico, que despues fué obispo de Ávila, y á Fernando de Zamora, canónigo de Ávila y canciller del rey. Estos, en Civitavieja, en que á la sazón estaba el pontífice, en consistorio declararon las causas por qué la eleccion de Rodolfo pretendian ser inválida. Que no debia el pontífice moverse por los dichos de aquellos que ponian asechanzas y redes á sus orejas, y con engaños pretendian ganar gracia con otros, sino conservarse neutral como lo pedia la persona y lugar sacrosanto que representaba, y con esto ganar ambas las partes á ejemplo de sus antecesores Urbano y Clemente, que con igual honra y titulo, por no perjudicar á nadie, dieron á Ricardo y D. Alonso título de rey de romanos. Á los electores de Alemania fué D. Fernando, obispo de Segovia, para ponellos en razon y procurar repusiesen lo atentado.

Con estas embajadas, no se hizo efecto



alguno por estar todos cansados de tan larga tardanza. Sólo el año siguiente de mil y doscientos y setenta y cuatro desde Leon de Francia, donde presente el pontífice se hacia concilio general de los obispos para reformar la disciplina eclesiástica, renovar la guerra de la Tierra Santa y unir la iglesia griega con la latina, Fredulo fué enviado por nuncio al rey D. Alonso para que le ofreciese los diezmos de las rentas eclesiásticas en nombre del pontífice para la guerra contra moros, á tal que desistiese de la pretension y esperanza vana que tenia de ser emperador, que parecia cosa injusta con deseo de imperio forastero alterar la paz de la iglesia que tan sosegada estaba. En este medio, D. Enrique, rey de Navarra, muy apesgado y disforme por la mucha gordura de su cuerpo, falleció en Pamplona á veintidos de Julio. De su mujer doña Juana, hija de Roberto, conde de Artesia y hermano del rey San Luis, dejó una hija, llamada tambien doña Juana, en edad apénas de tres años, que sin embargo fué heredera de aquellos estados, así porque el reino lo jurara ántes, como por testimonio de su padre, que lo dejó así dispuesto, de que resultaron nuevas diferencias y discordias, y el reino de Navarra, finalmente, se juntó con el de Francia. La embajada de Fredulo no fué desagradable al rey D. Alonso; respondió que se pondria á sí y toda aquella diferencia en manos del pontífice para que él la determinase como mejor le fuese visto. Con esta respuesta, el pontífice, sin detenerse más, aprobó en público consistorio la eleccion de Rodolfo á seis de Setiembre, que hasta entónces por respeto á D. Alonso se entretuvo; luégo escribió cartas á todos los principes en aquella sustancia. Al mismo Rodolfo, mandó que lo más presto que pudiese se apresurase á pasar en Italia para coronarse.

Al concilio que se tenia en Leon se partió D. Jaime, rey de Aragon, aunque en lo posterior de su edad, por ser deseoso de honra y por otros negocios. Desde allí, sin hacer cosa de momento, dió la vuelta á su tierra, desabrido claramente con el pontífice porque rehusó de coronalle, si no pagaba el tributo que su padre, el rey D. Pedro, concertó de pagar

cada un año, en el tiempo que en Roma se coronó, como queda dicho en su lugar: al rey D. Jaime le parecia cosa indigna que el reino ganado por el esfuerzo de sus antepasados fuese tributario á algun extraño. En este comedio el rey de Granada y los grandes foragidos por diligencia de la reina se redujeron al deber: para sosegar á los grandes les prometieron todas las cosas que pedian, el rey de Granada quedó que pagase cada año de tributo trescientos mil maravedis de oro, y de presente gran suma de dineros en pena de los daños y gastos. Demas desto se concertaron treguas por un año entre los de Guadix y Málaga con aquel rey, por estar el rey D. Alonso encargado del amparo de aquellas dos ciudades. Fué en aquella edad hombre señalado en España D. Gonzalo Ruiz de Atienza, privado del rey, por cuya diligencia, en gran parte y buena maña se concluyó aquel concierto. El rey de Granada y los grandes desde Córdoba, partieron en compañía del infante D. Fernando que se halló en todas estas cosas: llegados á Sevilla, el rey don Alonso los acogió benignamente. Ellos, cotejado el un tiempo con el otro, juzgaron les estaba más á cuento y mejor obedecer á su principe con seguridad, que la contumacia con peligro y daño.

Concluido esto, las armas de Castilla debajo la conducta del infante D. Fernando, y por mandado de su padre se movieron contra Navarra para conquistar aquel reino. D. Jaime, rey de Aragon, envió al tanto á D. Pedro su hijo mayor, al cual renunció el derecho que pretendia tener á aquel reino, á ganar las voluntades de los navarros que de suyo se inclinaban más á los aragoneses que á Castilla. Ni las mañas de Aragon, ni las fuerzas de Castilla hicieron efecto, á causa que la reina viuda se recogió á Francia con su hija al amparo del rey su primo, por temer no le hiciesen fuerza, si se quedaba en Navarra en tiempos tan revueltos. Sólo D. Fernando acometió á tomar á Viana, y rechazado de allí por la fortaleza de aquella plaza y por el esfuerzo de los cercados, se apoderó de Mendavia y de otros menores pueblos. Todo lo halló más dificultoso que pensaba, dado que ningun ejército bastante le sa-